

AL ALZA, A LA BAJA

AL ALZA, la fiesta de Santiago Apóstol que ha recuperado todo su esplendor en el día grande de la FERIA de La Solana. La misa en honor al patrón había recobrado su solemnidad pocos años atrás, pero faltaba el desfile del Apóstol por las calles de La Solana. El domingo 25 de julio de 2010, año Jacobeo, pasará a la historia como aquel en que se recuperó una tradición: la de procesionar al Santo Patrón, rito perdido desde hacía treinta y cinco años.

AL ALZA, los monitores del club de nadadores especiales Los Delfines, que fueron homenajeados el pasado 18 de julio en el acto de despedida de la temporada que incluyó también una exhibición en la piscina climatizada de Tomelloso. Reconocimiento justo y merecido para unas personas que se entregan al máximo en el trabajo con los chavales, aunque también es cierto que con la ilusión y predisposición que ponen todo resulta mucho más sencillo.

AL ALZA, el poeta y escritor tomellosero Dionisio Cañas que ha sido distinguido en El Cairo con la Medalla de la Unión de Escritores Egipcios, en el marco de un encuentro literario hispano-egipcio organizado por el Instituto Cervantes de El Cairo en el que Cañas recitó algunos de sus poemas que, a su vez, fueron leídos en árabe por el escritor egipcio Hamed Abu Ahmed.

AL ALZA, Félix Godoy Martínez, que acaba de ser nombrado Mayor-domo de la Virgen de las Viñas por la Hermandad de la Patrona de Tomelloso y Gañán del Año por el grupo folklórico Manantial del Vino.

A LA BAJA, el cierre de servicios en la estación de tren de Manzanares durante los fines de semana. IU ha anunciado que preguntará sobre ello al ministro en el Congreso.

En este número:

Pluvio Coronado, el grupo contra la violencia de género, Repuestos Román, Navarro-Navarro y Basilio Villalta, Viñadores 2010

/8



La fiesta de Santiago Apóstol recupera todo su esplendor en la Feria de La Solana

/13

TARJETA DE EMBARQUE

Cuajada, leche y conversación

Valentín Arteaga

Es una antigua y hermosa virtud, una virtud de pueblo, y de dehesas y caseríos, de cualquier lugarcejo que tuviese la luz encendida de la cocinilla y la puerta del zaguán abierta al raso y cuanto pudiese ocurrir, nunca se sabe. La hospitalidad. Hoy en día, como tantas otras hermosas y antiguas virtudes, se desconoce y mucho en los modos y disposiciones de la conducta. Lástima. El ser humano no está puesto de pie sobre el mapamundi para tener su casa cerrada a cal y canto y mirar pasar, indiferente, de las rendijas de las puertas, disimuladas, de sus ventanas a peregrinos y caminantes. Que no sepan que hay gente en el cuartillejo. Que no se les ocurra ni tan siquiera sentarse un ratillo en la linde. Los forasteros, después sorprenden lo suyo. Y lo probable, primero, es no entenderse. La gente de fuera se explica de modo muy enrevesado, y al cabo y al fin, lo explica el dicho de toda la vida, cada uno en su casa y Dios en la de todos. Qué va. Si Dios estuviese de verdad en la casa de todos, nadie tendría atrancadas las puertas, las ventanas disimuladas y los caminantes y peregrinos no se verían obligados a tirar hacia delante. Cuantos van por los caminos son buscadores de un poco de reparo y algo de conversación.

En el libro del Génesis, un bellissimo libro de mucho andar y de continua búsqueda, de montar cada tarde y desmotar cada mañana la casa de lona, se lee una historia deliciosa de aquel ilustre anciano, el llamado "padre los creyentes", Abraham, el hebreo, que estaba una tarde echándose un pegaños a la sombra de un arbolillo delante de su tienda. Oyó, de pronto, cerca pasos extraños. Notó que sus adentros se

iban iluminando de un raro esplendor. Se restregó los ojos, qué ocurre, Dios mío. Frente a él se encontraban tres personajes que, al parecer, cosa insólita, pasaban por allí. ¡Huéspedes! Son gente sagrada los huéspedes. Como si le hubiese ocurrido a Dios la idea de venir de palique a la casa de uno. Sara y las esclavillas andaban metidas en los trajines y los capataces y zagales tratando, mal que bien, de aguantar la calor de aquellas horas macizas de la siesta.

El jefe del clan se despabiló por entero y llamó a unos y otros. Venga, traed leche, cuajada, frutas, un buen plato de carne guisada a la brasa. Gracias, gracias, gracias. Es una gran bendición poder tener oportunidad de hospedar en la propia tienda a cualquier desconocido. La hospitalidad ensancha el corazón. Cuando éste se arrinconaba en la indiferencia, o peor aún, en el rechazo y la exclusión, no es corazón. El ateísmo más o menos generalizado de hoy se debe bastante a que estamos empeñados en construir entre todos un mundo inhóspito, un mundo, o sea, con miedo a los demás. No digas, hombre, buenos días a nadie, no sonrías a ninguna mujer, no acepte un trago de vino de cualquiera, durante el viaje vaya usted leyendo el periódico y esconda la cara entre las páginas bien levantadas delante. La increencia es una enfermedad del humanismo, y éste o es abierto y acogedor y si no para qué. La acogida y la hospitalidad son la puerta de la fe. Se vive en el misterio y del misterio. Quién sabe nunca lo que puede suceder dentro de un rato. ¿Quién adivina la historia sagrada que hay dentro de esa joven que te clava de pronto los ojos en los tuyos y tú, enton-

ces, ruboroso, los bajas? Las cosas como son, repetía el paisano aquel. ¡Las cosas! Son como cajitas de música religiosa, melodías gregorianas de los monjes de Santa María de los Toldos, cuyo abad un día me sentó en la presidencia del refectorio, y servidor le agradeció mucho muchísimo la acogida y la hospitalidad, tan generosas, tan gratuitas, tan emocionantes, que dispensó a un extraordinario compañero de alma.

Nos demos cuenta del todo o no, siempre será una presencia velada de la Divinidad todo aquel que se detiene delante de nuestra casa y nos suplica, por ejemplo, algo de luz para el camino o una dirección: ¿Vamos bien por donde vamos? ¿O estamos, señor, todavía caminando hacia ninguna parte? ¿Y qué vamos a poder hacer con esos dirigentes de tres al cuarto que no tienen voluntad alguna de ayudarnos a crecer como personas? La fe comienza por ser una aventura de acogida, de tener absolutamente abierta la disponibilidad para aceptar al otro en nuestro círculo de comprensión.

El fondo de la cuestión es éste. Aconteció que Abraham, el nómada, ofreció, así, a aquellos tres viandantes leche, cuajada, carne a la brasa y conversación, y recibió mucho más. La vida del anciano patriarca bíblico, el primer creyente, se convirtió en tierra fecunda, siembra de pan y amor en pleno desierto. Claro, creer es experimentar que Dios de huésped se convierte en hospederero. Tú recibes dentro de ti al otro —¡al cabo y al fin al "Otro"!— y Dios se te desborda dentro. Se te entrega. Ojalá dejemos de tenerle miedo a la antigua y tan hermosa virtud humana de la hospitalidad.